

ARMANDO PEREIRA

MÉXICO EN LA IMAGINACIÓN
EUROPEA DEL SIGLO XX



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CIUDAD DE MÉXICO, 2017

ÍNDICE

Introducción	7
Vicente Blasco Ibáñez. México: el país de la corrupción	13
D. H. Lawrence. México: la utopía imposible.	39
Graham Greene. México: el país de la intolerancia.	73
Malcolm Lowry. México: las puertas del infierno.	99
Breton, Trotsky y Rivera. México y la esperanza surrealista .	119
Max Frisch. México: entre orquídeas y zopilotes	143
Italo Calvino. México: gastronomía y antropofagia	173
Artaud y Le Clézio. México: el país de la esperanza.	183
Fin de viaje.	231
Bibliografía y hemerografía citadas.	235

INTRODUCCIÓN

Los ensayos que conforman este libro tratan de explorar las imágenes a través de las cuales la literatura europea del siglo xx ha intentado configurar una o varias representaciones de México a lo largo de su historia, con el fin de llegar a comprenderlo. Una imagen es sólo eso: una forma de acercarnos a ese Otro que desconocemos y que nos provoca una amplia gama de sensaciones encontradas, desde la simple curiosidad hasta la atracción, la ansiedad o la angustia. Es a partir de esas sensaciones que brota la imagen, en un intento, quizás ilusorio, por calmar los efectos que el encuentro con el Otro produce en nosotros. Nos agrada suponer que la imagen nos aporta un cierto conocimiento de ese Otro que está ahí, ante nosotros, como un enigma. Aunque sólo después, en el trato continuado con esas imágenes, nos damos cuenta que ese conocimiento es engañoso, ficticio, una quimera que habla más de nosotros mismos que del Otro, que sigue ahí, ante nuestros ojos, guardando su secreto, un secreto impenetrable. “No conocemos el objeto real —señala Manfred Beller—, sino sólo su simulacro en la forma de imágenes mentales”.¹

¹ Manfred Beller y Joep Leerssen, *Imagology. The cultural construction and literary representation of national characters*, p. 4. (La traducción de todas las citas de este libro es mía.)

La imagología es precisamente la ciencia que estudia la manera en la que se construyen esas imágenes mentales. Manfred Beller y Joep Leerssen, en la Introducción a su libro, han dado una primera y tentativa definición del concepto de imagología, que terminaría inaugurando un nuevo sistema de interpretación textual: “es un neologismo que se aplica a la investigación en el campo de nuestras imágenes mentales del Otro y de nosotros mismos”.²

Y esa investigación, en el campo de nuestras imágenes mentales, arroja un primer resultado desconcertante: el conocimiento que obtenemos del Otro y de nosotros mismos a través de esas imágenes es un conocimiento ilusorio, un simulacro, precisamente porque no nace del contacto inicial con el objeto real, sino de una serie de nociones preconcebidas, prejuicios y estereotipos que preceden al contacto con el objeto. Llegamos al objeto (ya sea el Otro o nosotros mismos) siempre con una imagen previa de él, que termina distorsionando nuestra percepción. Walter Lippmann decía: “no vemos primero y luego definimos, sino que primero definimos y luego vemos”.³

Y es que no podemos acercarnos a lo desconocido, precisamente porque es desconocido para nosotros. Necesitamos prefigurarlo en un concepto, en una imagen, para poder acercarnos a él, aunque esa imagen, ese concepto, no nos diga absolutamente nada del objeto anhelado, aunque sólo nos hable de nuestro propio anhelo. Como señalan Peter Boerner y Katia Erler, en torno a esa “imagen previa” que nos hacemos del Otro existe una serie de “espejismos, estereotipos, clichés y prejuicios que contribuyen a configurarla”.⁴ No hemos estado

² *Ibid.*, p. XIII.

³ Walter Lippmann, *Public opinion*, citado en Manfred Beller y Joep Leerssen, *op. cit.*, p. 4.

⁴ Citados en Stephan-Alexander Ditze, *America and the Americans in Postwar British Fiction. An Imagological Study of Selected Novels*, nota al pie de p. 31. (La traducción de todas las citas de este libro es mía.)

nunca en Tombuctú, pero todos tenemos una cierta imagen, por precaria, elemental o falsa que sea, de esa región del mundo. Y es ella la que nos pone en camino de esa antigua ciudad en la orilla izquierda del río Níger. Al entrar en ella, al recorrer sus estrechas calles sinuosas, nuestra percepción estará marcada por sensaciones encontradas: la decepción, la fascinación, la incertidumbre, la vacilación, la perplejidad o la recusación; sencillamente porque lo que contemplamos con los ojos (con el oído, con el tacto, con el gusto y con el olfato) no concuerda con la imagen previa que había alimentado nuestra ilusión y nos había llevado hasta allí. Esa lucha interna no acabará nunca, por más días y noches que demoremos nuestra estancia en la ciudad, precisamente porque no estamos dispuestos a abandonar la imagen primera, la imagen que nació de nuestro deseo. Al contrario, nuestra estancia en la ciudad no hará otra cosa que seguir alimentando esa imagen primera haciéndola crecer y engordar, hasta que llegue a deformar o incluso borrar lo que tenemos ante los ojos.

Me parece que eso fue lo que les ocurrió a muchos de los escritores europeos que visitaron México durante el siglo xx. Sé que México no apareció en el imaginario europeo en el siglo xx, sino varios siglos antes, ya desde la Conquista. Textos como las *Cartas de relación* de Hernán Cortés o la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo configuran ya, a partir de la feraz imaginaria medieval y renacentista europea, una primera imagen de esa nueva región del mundo, una primera imagen que le debía mucho más a la fábula y a la imaginación que a la realidad. Esa imagen se extendería a lo largo de los casi tres siglos que duró la Colonia con los relatos de los misioneros y evangelizadores españoles; y alcanzaría, sin duda, una de sus cimas con las crónicas de los viajeros europeos que visitarían México durante el siglo xix, y cuya figura señera sería Alexander von Humboldt.